

# Alerce

Año 5, N° 50, octubre de 2018. Director: David Hevia

## Visualidad y escritura en la obra de Virginia Huneus

Por Solange Arroyo

¿Quién es Virginia Huneus? Su obra, tanto visual como escrita, nos trae a la memoria a los símiles de Violeta y Nicanor Parra, autores que la misma escritora toma como referentes para su creación y los cuales menciona en la columna publicada en la revista *Mensaje* del año 2006, denominada “Parra y el pago de Chile”. Éstos, al ser también artistas no sólo en torno a la escritura, sino que proyectan sus ideas materializadas al espacio físico y visual, desarrollan también concepciones a partir de la identidad local y la visión propia del entorno. Ideas, que son sólo distintas expresiones, pero formas de un mismo arte, que se da de manera natural en estas personalidades (recordemos los *Artefactos* de Nicanor). De hecho, por ser inspiración y en referencia a lo aludido, Huneus cuenta con obras en las que hace referencias directas a la figura de la letrista y artista visual, Violeta Parra. El año 95, por ejemplo, crea la obra *Busco a Violeta*, dejando entrever la significancia de la artista en su creación, como también en la performance aérea realizada en el MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts), con figuras que hacen guiños a los trazos de los conocidos bordados de Violeta y sus pinturas. Porque según Virginia Huneus, de las palabras surgen las imágenes mismas, o, también, desde las imágenes brotan las palabras, como nos hace mención en la reciente entrevista con “Registro Poético”. Una de las primeras entrevistas donde se quiere recalcar la visión literaria de Huneus en su obra escrita, ya que conversaciones grabadas sobre su arte visual abundan en la web.

Y en este contexto surge, desde una escultura, la idea de un libro. Un proceso en que podemos referir también la obra del pintor y escritor Adolfo Couve, la que, según menciona él en una entrevista, pintaba para poder escribir y a la vez hacía literatura para poder trazar sus cuadros, generando esta conexión espontánea en su creación. Procesos que en Huneus se dan de manera simultánea, como algo natural, pero con un eje marcado en el tema del infierno de la *Divina comedia* de Dante, influencia que viaja a lo largo de todos sus libros, junto al tema de la cultura americana precolombina, con sus rituales.

Por lo mismo, resulta curioso tratar de comprender que los orígenes creativos de Virginia tienen su raíz en base al arte geométrico, con sus murales en el espacio público. Ya que este arte geométrico posee un orden y una estructura que se rompe abruptamente con la llegada de la línea ondulante de Dante a su arte, como lo menciona Gonzalo Leiva en el libro *Horizontes y abismos*, y, luego, por sobre todo, esta línea ondulante, este caos, llega a su literatura y le da forma a su escritura a partir de estas nuevas concepciones. Aunque quizás éste sea un desconcierto y una ruptura necesaria, que nos permite poder apreciar la génesis de la obra literaria de la artista, con sus monstruos, miedos o “cucos”, que surgen desde las profundidades de sus historias, y se materializan en el imaginario creado por Huneus. Seres que se aparecen desde lo más recóndito y oculto del ser humano, en el lugar donde habitan los temores o los misterios más insondables de la conciencia.

Esto, porque no fue un azar que se haya inspirado en Dante. Dado que Huneus reconstruye un imaginario personal, inspirado y traído del mundo toscano y también del americano, el que concibe en sus creaciones escritas. Sumado a que Virginia,

además, se ha caracterizado por una escritura singular y, por sorpresa, con buenas referencias de varios autores consagrados, como es el caso de José Miguel Varas, Premio Nacional de Literatura 2006, que, según la misma escritora refiere, se ofreció personalmente para escribir el prólogo del libro *Amores carnívoros* (publicado en 2008), al quedarse fascinado del texto, luego de revisar sus cuentos. Al respecto, Varas señala sobre la publicación: “Libro singular, de un género y un estilo que no se da, salvo raras ocasiones, en las letras chilenas. Desmesura, esperpento, los monstruos que nos acechan desde las cavernas del inconsciente y que nos atacan de pronto en nuestra pesadillas...”.

Por otra parte, el crítico literario francés Roger Caillois, reconocido por traducir a escritores como Julio Cortázar, Gabriela Mistral y Pablo Neruda, al francés, fue otro que también se refirió a la obra de Huneus cuando llegó a sus manos: “Una obra significativa de nuestra época. Mitos y rituales, ofrecen un lenguaje de creencias y gestos comunitarios. Al disgregarse éstos, el artista de hoy sufre. Ante el abismo, crea entonces un pandemonio personal”.

Virginia Huneus se convierte en una escritora con muchas lecturas y de dirección obligada para quienes gustan de la literatura fantástica, así como la temática y estética del miedo y la monstruosidad. Porque Virginia cuenta con una hibridez con la que recrea sus imágenes, y las adapta, nutriéndose de muchas referencias literarias y no literarias, como desde la historia americana misma, de la cultura precolombina en específico, así como del ritual, de la cultura toscana y, sobre todo, de la

imagen infernal de la *Divina comedia* de Dante, generando las conexiones necesarias para recrear este nuevo universo y hacerlo propio, estableciendo así un imaginario “local y a la vez universal”. Parafraseando a Gonzalo Leiva, desde el texto *Horizontes y abismos*, un imaginario que surge desde lo oculto del subconsciente humano. “Del paisaje exterior al paisaje interior”, como menciona también Huneus en una de sus tantas referencias escriturales del mismo libro. Es decir, su obra transcurre desde el orden del mural hasta llegar al abismo de Dante y la *Divina comedia*, siendo éste último el que estructura y da origen a su literatura. O sea, monstruos, demonios y entes que juegan en el devenir de las historias de sus libros. Porque ella no reescribe leyendas e historias americanas, ni toscanas, sino que las asimila de tal modo que recrea un imaginario personal consistente. Con entes que surgen desde los miedos, materializados de manera informe, en algo que no puede ser delimitado y que tampoco puede ser nombrado. Y es precisamente allí, cuando nos acercamos al final, donde aparecen los abismos y el espacio infinito que prolifera en su obra, la que resulta descollante por lo inabordable de sus temáticas y el caos que contiene en sus diversas representaciones literarias y visuales.

(En la imagen, Virginia Huneus, en una fotografía realizada por Solange Arroyo).



# POESÍA

## Retrato de época

Apunto con mis ojos al añil y escupo los azulejos como quien escupe al cielo. Me acerco porque quiero ver si por mi boca salieron maravillas, una delegación de sabios microbianos o el detrito de las más antiguas penas. Me acerco porque quiero ver y veo los cuajos de esa cara que tuve, múltiple y distinta, hirviendo y reventando en cada globito de saliva que resbala, que se escurre alejado entre las grietas. Antes que sea tarde, ven, acércate, tal vez puedas rehacerme intacto en tus pupilas. Y porque quieres ver, vienes, te acercas y miras la imagen de tu rostro triturada en la baba y cada pedacito se separa y se presenta como tú y cada pedacito puede llegar a los congelamientos o a esfumarse entre vapores o a morir de vergüenza acunado entre hendiduras. Vamos, dices, es hora de correr a buscar los fragmentos, de recomponernos. Tal vez queden huecos insalvables. No seremos los mismos de seguro.

*(De: Retrato de época, 1982)*

## Sobre lo irreversible de la Historia

Ligaduras sin fin, espirales vencidas, azogue medieval prolongando el estigma de las sogas; días de ayer: las torceduras de los tientos sobre este tronco mío que ya entiende que hay un timón que gira en sentido contrario al de sus vértebras. Amarrado al potro del tormento, floto y la resaca del silencio me lleva hacia alta muerte y a cada quejido que sueltan las cuaderñas responde el graznar de las aves siderales que picotean el gran cuero de la noche... Amarrado al potro del tormento observo el cosmos y me abundo de los astros como un último recurso. ¡Es mi tiempo!, confieso al Santo Oficio. ¡Es mi tiempo!, le grito a quien me inquiere. ¡Mirad los senderos en el cielo, allí van los astronautas!

*(De: Retrato de época, 1982)*

## El pozo

Te inclinas ante el círculo. Oscurece doblemente con tu reflejo roto por esa lágrima que dejas y que bebes, que vuelve siempre al sueño de abrevarte a dentelladas en la lluvia, como el más chúcaro. Como el más abandonado.

*(De: El amor de los parias, 1990)*

## Dédalo

Aquí, bajo el tamiz del lápiz y la rama, donde el sol y los copos se revuelcan, se apagan y son el contorno de mis botas sobre las últimas hojas. Aquí, con mis costados semejándose a estos troncos que ennegrecen destrinados y desolados del viento, incluso cuando les silbo o me apoyo en ellos para reconocerme en cuerpo y no en ánima que ambula y simula su madera, su majadera fórmula de huir, su formalina. Aquí, no en el asiento del tren donde escribo, donde tampoco acabo nunca de llegarme, menos en la pantalla en que corrijo y me escarbo de todo lo que estorba con ímpetus de toro cebado en símbolos, aburrido de éstas mis estrechas veredas y mis verdades en ella jadeando, hediendo a vanidad, sobre sus clamores concéntricos, sus pasmados

pasillos, sus hilachas sobadas más de Aracne que de Ariadna. Aquí, ahora atrapado en este bosque nómina, que la nieve, nombrada, calmosamente anega y niega y que una luz lázara y final, llamada no llameante, recobra, camino y columbro sin encontrar la salida, sin ocuparme siquiera de encontrar la salida.

*(De: El amor de los parias, 1990)*

## La poesía

*A Elvira Hernández*

Y en realidad, ¿de qué flores podría hablarte? El nombre no es una sucesión de pétalos o la armonía de un centro sostenida en el perfume. El nombre ya viene marchito, a nada huele el nombre; de ningún viento es aventura, ni barajando el vilano de su estertor con la pelusilla que corona los frutos nacientes, el latir de la rama. Pero sólo tengo eso, el nombre. Y sin el nombre, todo el jardín es la nada.

*(De: La del alba sería, 2002)*

## Sergio Infante

# NARRATIVA

## Sueño con Olga

*Hay un sueño claro, que surge y existe claro con el único fin de hacer que su pelo oscuro sea aún más oscuro. Que resalte y lo capture mi vista y lo retenga la memoria y lo adoren mis poros. El amor nace en la piel y vive en los poros. Cuando el amor abandona los poros para cobijarse en otro lugar entonces es que ha mutado a otro sentimiento.*

Hace unos días tuve un sueño. Creo que lo disfruté mientras sucedía. Había varios escenarios. Una habitación no tan hermosa con una cama de dos plazas y sábanas blancas. Luz. Veredas de una ciudad mezcla de las que conozco o una nueva sin referencia. No lo sé. Veredas en el centro de una ciudad. Tiendas a ambos lados, personas que caminan, no demasiada velocidad en todo, más bien una ciudad medianamente apacible. Nuevamente luz. Esos son los escenarios. Las acciones son más interesantes.

No recuerdo el orden de las cosas, hay quien dice que todo sucede al mismo tiempo y luego al despertar uno desenrolla el argumento de los sueños. Que uno los construye mientras los va relatando, que es ahí donde se arman y que el modo de poner en palabras las imágenes y los diálogos termina por construirlos.

Olga estaba recostada en la cama y yo tocaba su rostro y seguía sus ángulos con la punta de los dedos, le decía que tenía un rostro hermoso. Olga es morena de cabello oscuro. Tiene una mirada aguda y una sonrisa que involucra más que nada a sus ojos. Los ojos de Olga entonces son fundamentales. Ella me miraba plácida. A veces estaba más joven de lo que es y a veces también en lugar de estar en la cama estaba en la vereda, como en cuclillas afirmada en una pared y a mi lado. Yo hago esas cosas, sentarse en el suelo, sentir más las calles porque no tengo una casa. Solo tengo habitaciones que pago mientras tengo trabajo y luego debo irme porque los trabajos no son eternos. Pero ella no, ella tiene un auto y antes dormiría ahí a tener que quedarse en casa ajena. Yo creo que no anda en metro desde hace tiempo, y está bien, yo tampoco bajaría a ese espanto si tuviera un auto y plata para mantenerlo. Pero bueno. Otra cosa que sucedía en este sueño era que ella de pronto era Olga de niña y yo la llevaba en brazos. Íbamos conversando muy alegres por la calle. No pesaba y eso que estaba grande, siete años, luego parecía de menos, unos tres. Era natural que sucedieran esas cosas, aunque yo siempre estaba igual. Era ella quien variaba y es que no la conozco y todas eran ella porque Olga estaba en mi imaginación. Pero estábamos alegres y entonces fue un sueño muy agradable, no parecía faltarnos nada. La vida era amable con nosotras. Si me acordara del diálogo que yo llevaba con Olga niña... pero no me acuerdo. Solo sé que era la conversación que sostendría con ella ahora, de adulta. En ningún momento me percibía a mí misma. Lo más intenso del sueño eran tres cosas: el gusto que me daba su rostro, la claridad en todas partes y lo liviano, la alegría, la simpleza de lo que sucedía. Ahora que lo escribo pienso que podría haber transcurrido todo de mañana. Una mañana luminosa y fresca de no sé qué estación.

**Nina Avellaneda**



*Sueños de otoño, de César Ayllón*